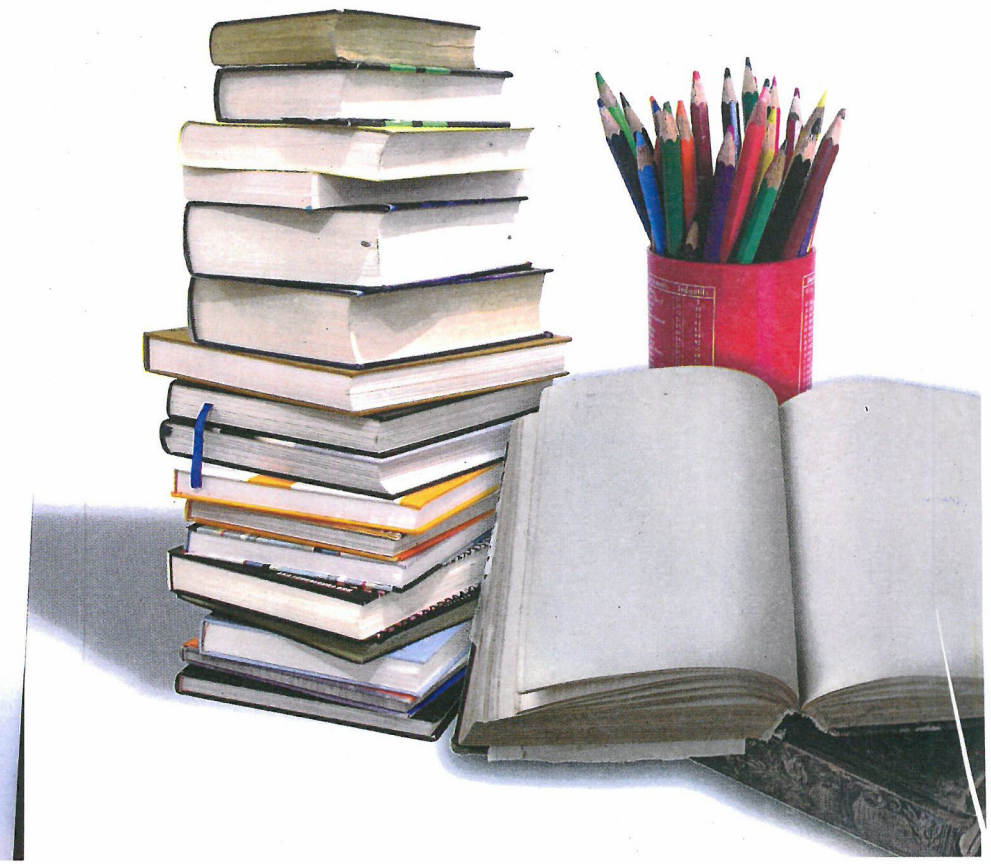
INSTRUMENTOS PAIDÓS

Colección dirigida por **Umberto Eco**

María Teresa Serafini

Cómo se estudia

La organización del trabajo intelectual



La Lectura Crítica
Hechos y opiniones

3.5. La lectura crítica

En esta sección determinaremos algunos aspectos importantes para desarrollar la capacidad propia de lectura crítica. Estos son: la comprensión de los objetivos del autor, la valoración de la fiabilidad de las fuentes del escrito, y la distinción entre hechos y opiniones.

3.5.1. Determinación de los objetivos del autor

Comprender un texto también significa darse cuenta de los objetivos primarios de su autor. Por ejemplo, *Se questo é un uomo* de Primo Levi no puede comprenderse ni apreciarse sin reconocer la voluntad del autor de denunciar las graves persecuciones raciales que sufrieron los judíos en Italia en la década de 1930. A veces, los objetivos principales se declaran de modo explícito, otras, en cambio, es el lector quien los debe encontrar a través de un complejo proceso de combinaciones de objetivos secundarios presentes en el texto. En Castelfranchi y Parisi, 1980, se propone un modelo de comprensión del texto como construcción de la correcta «jerarquía de los objetivos» de las diversas partes y de los diferentes niveles del texto.

A veces, el objetivo declarado o aquél inmediatamente evidente en un texto no coincide con el objetivo efectivo del autor. Las sátiras son un género literario en el que siempre existe una diferencia entre el llamado «objetivo declarado» y el objetivo real; parece que el objetivo principal de la sátira es el de divertir, mientras que en realidad, las sátiras nos transmiten mensajes precisos que reflejan un objetivo bien definido de su autor. Tomemos como ejemplo el *Candido* de Voltaire: en este caso, el lector debe comprender que el intento del autor no es de mostrarnos una agradable secuencia de desafortunadas aventuras del protagonista sino más bien la de criticar la filosofía de Leibniz, sostenedor de la hipótesis del «mejor de los mundos posible», mostrando que, en realidad, la vida está llena de adversidades.

La diferencia entre «objetivo declarado» y objetivo real puede verse también en libros de tipo científico. Por ejemplo, el objetivo declarado de un libro de texto debería ser el de describir una materia del modo que resulte más accesible para el lector. A veces, sin embargo, reconocemos que el autor quiere poner en evidencia su área de especialización, dándole una importancia comparativamente mayor con respecto a los demás campos de estudio. O bien notamos que el autor hace alarde de su capacidad técnica para resolver algún problema, aun cuando la importancia del problema no es enorme; o bien el autor introduce dificultades artificiales, por ejemplo, dando a toda costa una presentación rica en formalismos a problemas que podrían tratarse de un modo simple.

En la escuela, a menudo es útil reflexionar sobre cuál es el objetivo del docente cuando indica un texto particular de lectura. Consideremos, por ejemplo, una antología en la que aparece una poesía de Neruda seguida de varios ensayos extraídos de las críticas literarias de diversos autores. Dentro de este contexto, si el docente nos indica que leamos una sola de las críticas, intuimos que realizó una elección por nosotros (por ejemplo, extrajo la más simple, o bien la que él considera más válida); si en cambio nos induce a leer todas las críticas, intuimos que quiere dejarnos la tarea de confrontarlas y de construir una interpretación propia.

3.5.2. Valoración de la autoridad de las fuentes

Un texto o una afirmación tienen valor según la competencia que posee el autor sobre el tema. Resulta útil aprender a relacionar una información con la autoridad de su fuente. Por ejemplo, una declaración del Fondo Monetario Internacional respecto a la evolución de la inflación puede resultar más fiable que la evaluación de un único operador económico.

El «principio de autoridad», sin embargo, no debe condicionar demasiado nuestro juicio: más allá del valor de la fuente, las informaciones y las ideas que contiene un texto deben resultar razonables y convincentes. Sucede a menudo que las llamadas «grandes firmas» afrontan con ligereza los temas; por el contrario, sucede a veces que textos «debutantes» revelan gran competencia y dominio del sector objeto de ese trabajo. En otras palabras, la sola autoridad de la fuente no puede justificar una postura acrítica frente a un texto, y, al mismo tiempo, la falta de autoridad no debe bastar para hacernos juzgar un escrito en términos negativos.

3.5.3. *Distinguir los hechos de las opiniones*

Estudiando historia o leyendo los periódicos, sobre todo, es cuando nos damos cuenta de la necesidad de separar los hechos de las opiniones, aun cuando la distinción entre ellos resulta muy difícil. De manera un poco simplista diremos que una proposición describe un hecho si éste puede ser verificado de modo objetivo (por ejemplo, si se trata de una aseveración científica que puede probarse mediante experimentos); en cambio describe una opinión cuando presenta una de las posibles interpretaciones de la realidad.

Por otra parte, muchos hechos son puestos en duda con el correr del tiempo. Pensemos, por ejemplo, en el caso del átomo, que en la década de 1930 se consideraba la parte más pequeña indivisible de la materia, aun basándose en resultados de experimentos científicos, y que en la década de 1940, en cambio, se reconoció que estaba compuesto por partículas elementales más pequeñas. Por este motivo, justamente, se tiende a hablar en el ambiente científico de teorías, probadas en el ámbito de particulares hipótesis iniciales, antes que de hechos.

En cambio es más fácil distinguir una opinión; son opiniones nuestras creencias, nuestras sensaciones y nuestros juicios. Una opinión es algo subjetivo, es un juicio de valor que no puede ser comprobado. En último extremo podemos atribuir a una opinión una probabilidad de ser verdadera; por ejemplo, sumando varios juicios negativos de diversos periodistas llegaremos a creer que un árbitro dirigió mal un partido y atribuiremos a nuestra opinión una gran probabilidad de ser correcta.

El lector puede tratar de evaluar su capacidad de distinguir hechos de opiniones en los siguientes ejemplos:

1. *Sandro Pertini fue un presidente de la República Italiana.*
2. *Sandro Pertini fue el mejor presidente que tuvo la República Italiana.*
3. *El semanario* Panorama *es mejor que el semanario* Cambio 16.

4. *Por lo general, las películas permiten relajarse más que los libros.*
5. *Cristóbal Colón descubrió América en 1492.*

La primera proposición es un hecho ya que puede ser verificada. La segunda, en cambio, entra en el campo de las opiniones porque se trata de una afirmación no probable y por tanto subjetiva; todos los adjetivos como «maravilloso, bello, terrible, inteligente o estúpido», corresponden a una opinión no verificable. Tampoco la tercera proposición presenta un hecho porque «mejor» indica un juicio de valor; además, ese juicio es muy difícil de analizar: «mejor» podría referirse a elementos diversos como el contenido, la compaginación, la calidad del papel. También la cuarta proposición presenta un juicio de valor y es por lo tanto una opinión. Estas consideraciones nos llevan a ejercitar nuestras facultades críticas, y a interpretar con la atención debida las proposiciones de este tipo.

La quinta proposición aparece a primera vista como un hecho; pero algunos historiadores sostienen que, efectivamente, Colón no llegó nunca al continente americano (sus expediciones exploraron las islas de América Central) y que los vikingos llegaron a América mucho antes que Colón. A veces, los libros de historia hacen de la quinta proposición un hecho, mientras que, a ojos vista, se trata de una afirmación imprecisa y quizás errónea.

Distinguir entre hechos y opiniones de un modo sistemático puede ayudar al análisis y la evaluación de textos, y puede facilitar la génesis y el desarrollo de nuestra capacidad de juicio autónomo.

Referencias, citas y notas

C. Bibliografía

La bibliografía es una lista de todos los textos escritos (libros y artículos) utilizados en el ámbito de la investigación. Por lo general, la bibliografía está ordenada alfabéticamente, según el nombre del autor de cada texto.

Hay muchos modos de organizar las informaciones relacionadas con los textos en bibliografía; por eso mismo hay que elegir un esquema y respetarlo de manera rigurosa. Es una buena norma organizar fichas y bibliografía del mismo modo. Una diagramación posible para los libros es la siguiente:

Apellido e inicial del nombre del primer autor
Apellido e inicial de los nombres de eventuales co-autores
Título del libro (subrayado)
Eventuales informaciones sobre la edición o el volumen
Lugar de publicación
Nombre de la editorial y fecha de publicación

Cuando los autores son más de tres, por lo general se pone **autores varios** o bien **AA.VV**. Todas estas informaciones pueden extraerse de la segunda práctica del libro, donde aparece también el símbolo *Copyright*. Por ejemplo:

Lyons J., Lenguaje, significado y contexto, *Barcelona, Paidós Comunicación, 1983*

En caso de un artículo extraído de una revista, una diagramación posible puede ser la siguiente:

Apellido e inicial del nombre del primer autor
Apellido e inicial del nombre de eventuales co-autores
Título del artículo (entre comillas)
Nombre de la revista o periódico (subrayado)
Eventual número de la revista, fecha de publicación

Por ejemplo:

Fejes, F., «El imperialismo de los medios de comunicación», Análisis, *nº 10/11, diciembre de 1987*

D. Citas

Cuando dentro del texto o de las notas se quiere citar uno de los textos de la bibliografía, es suficiente indicar el apellido del autor y el año de publicación; el lector interesado puede extraer fácilmente de la bibliografía los datos completos sobre el libro.

E. Notas

Las informaciones que hacen incómoda la lectura, como por ejemplo las citas demasiado largas o los comentarios sobre las afirmaciones transcritas en el texto, deben colocarse en las notas. Estas pueden ser colocadas al final de cada página a la que se refieren, o bien todas juntas al final del capítulo o del texto. El primer método es más cómodo para el lector, que puede leer la nota sin tener que dar vuelta a la hoja; el segundo método es ventajoso para aquél que escribe, porque evita algunos problemas de compaginación en la redacción final del texto. Para indicar las notas colocadas en la misma página se pueden usar asteriscos o una numeración progresiva dentro de esa página; en cambio es necesaria una numeración única y progresiva para las notas que se colocan al final del capítulo o al final del texto.